JUAN ANTONIO GÓMEZ TRINIDAD

LA AVENTURA DE EDUCAR

Reflexiones nacidas del aula y la vida



educación hoy estudios

narcea

La aventura de educar

Reflexiones nacidas del aula y la vida

Juan Antonio Gómez Trinidad

NARCEA, S. A. DE EDICIONES
MADRID

© NARCEA, S. A. DE EDICIONES, 2026
Paseo Imperial, 53-55. 28005 Madrid. España

www.narceaediciones.es

Imagen de cubierta: Shutterstock

ISBN papel: 978-84-277-3408-1
ISBN ePdf: 978-84-277-3409-8
ISBN ePub: 978-84-277-3410-4

Nota del Editor: Nota del Editor: En la presente publicación digital, se conserva la misma paginación que en la edición impresa para facilitar la labor de cita y las referencias internas del texto. Se han suprimido las páginas en blanco para favorecer su lectura.

Todos los derechos reservados
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

PRÓLOGO. Una vida dedicada a la educación 11
Bienvenido Gazapo Andrade
PRESENTACIÓN. Es el destino. Es el viaje. Es la compañía 13
José Luis Acebes Arranz
INTRODUCCIÓN 15

I. LA EDUCACIÓN

1. ¿HAY MOTIVOS PARA PREOCUPARSE DE LA EDUCACIÓN? 19
¿Existen motivos para la preocupación? 19
2. LAS FLORES Y EL ARROZ DE LA EDUCACIÓN 22
Sin educación no se puede vivir 22
3. LA AVENTURA DE EDUCAR 25
La odisea educativa 26
4. EDUCAR ES AYUDAR A SER FELIZ 28
Ayudar a ser feliz 28
5. EDUCACIÓN SÓLIDA PARA UNA SOCIEDAD GASEOSA 31
En qué punto nos hemos desviado del camino 31
6. EL PUZLE DE LA EDUCACIÓN ACTUAL 34
Recuperar el sentido de la educación 34
El respeto 36
La autoridad 38
Compromiso y esfuerzo 41
El ambiente 43
El educador 45
7. QUE ME LO DEN TODO HECHO 48
A los partidos políticos no les interesa la educación 48

© narcea, s. a. de ediciones

8. EL TESORO DE LA VIÑA 51
Aprender a conocer 51
Aprender a hacer 53
Aprender a convivir 55
Aprender a ser 57

II. PROTAGONISTAS DE LA EDUCACIÓN

9. SE BUSCAN EDUCADORES 63
Educar hoy es más difícil, casi imposible, por el relativismo imperante 63

10. "SI QUIERES ESCUCHAR EL CANTO DE LOS PÁJAROS..." 66
Se necesitan profesores auténticos 66

11. GOTAS DE AGUA PURA EN EL LODO 69
Doble tentación 70

12. EL SECRETO DE UNA BUENA EDUCACIÓN 72
Los primeros y principales responsables de la educación son los padres 72

13. EL OFICIO MÁS HERMOSO, AUNQUE LIMITADO, DEL MUNDO ... 75
Ser padres …..... 75

14. "ME BASTA VER A SU PADRE" 78
Familia y amigos factores decisivo en el éxito escolar 78

15. ¿ESTUDIAR O APRENDER? 81
Sin esfuerzo del alumno no es posible la educación 81

III. EL LEGADO CULTURAL RECIBIDO

16. LA NOVEDAD COMO VUELTA AL ORIGEN 87
La magia de la novedad 87

17. SIN RAÍCES NO HAY HOJAS NI FRUTOS 90
La herencia cultural 90

18. ¿QUIÉN DEMONIOS OS CREÍSTEIS? 93
El Niño Salvaje de Aveyron 93

19. LAS IDEAS SON EL MAR, LA ESPUMA SON LOS HECHOS 96
La fuerza de las creencias 96

20. EL TESORO QUE NOS ESTÁN ROBANDO 99
El suicidio demográfico 99

© narcea, s. a. de ediciones

IV. VALORES Y VIRTUDES

21. PEDIR PERDÓN. DECIR POR FAVOR. DAR LAS GRACIAS 105
El *babycook* de la educación 105
Para empezar… ¡Gracias! 107
Un buen remedio para el alma y para el cuerpo 109
Cimientos de la educación 111

22. REFLEXIÓN, SILENCIO, ESCUCHA 114
Esta insoportable levedad que nos asfixia 114
"Pensar mata" 116
Un lujo al alcance de todos 118
Y usted ¿de qué se asombra? 120
Un viaje al interior 122
¿Hay alguien ahí? 125

23. RESPONSABILIDAD 128
"Nadie" es responsable de nada 128
La mariposa no vuela 130
Lo malo es que no pasa nada… o eso parece 132
Una nueva epidemia nos acecha: la "afluenza" 135

24. Y DEL AMOR, ¿QUÉ? 137
Aprender a amar 137
Más allá del placer 139
Más allá del sentimiento 142
Comprensión y exigencia 144
Límites del amor 146

25. TRABAJO Y OCIO 148
Nos han robado el sentido del trabajo 148
Recuperar lo robado 150
"No me da la vida" 152
Ocio ¿para qué? 154
Invierte en tranquilidad y libertad 156

26. IDEOLOGÍAS, VERDAD, OPINIÓN 159
El pensamiento *prêt à porter* 159
¿Cómo pudimos volvernos tan locos? 161
Cuando el tesoro de la razón engendra monstruos 163
"¿A quién vas a creer, a mí o a tus propios ojos?" 165
"Nosotros pensamos por ti: tú, descansa" 167
La tirania del relativismo 168
"¿Tu verdad? No, la verdad, y ven conmigo a buscarla" 171

¿Qué es la verdad? 173
¿Todo es igual? ¿Nada es mejor? 176

27. CONFIANZA Y ESPERANZA 179
Solo quien ama tiene derecho a juzgar 179
Espejo de cielo 181
La niebla de la sospecha invade la razón 184
Los faros antiniebla de la sospecha 186
Cualquier día es bueno para nacer 188
La epidemia del miedo 190
¡Fuera miedos! La Esperanza, virtud sobrenatural 193
El agua que riega el bosque de la convivencia 195

28. TEMAS VARIADOS 199
Antídoto para una epidemia: la austeridad 199
Please smile at strangers (Sonría a los extranjeros) 201
Un selfi sin trampas 203
Mens sana in corpore sano 205
Aquí no tenemos wifi. La conversación es gratis 207

29. Y AL FINAL… 210
Desnudos 210
Memento mori… et vivere (I) 212
Memento mori… et vivere (II) 214

EPÍLOGO 217

© narcea, s. a. de ediciones

Prólogo

Una vida dedicada a la educación

Querido lector, tienes en tus manos unas reflexiones que nacen de la experiencia de una vida dedicada a la educación. Su autor, Juan Antonio Gómez Trinidad, es un educador por vocación y por profesión.

Educador por vocación. Le conocí cuando era un adolescente interno en el Colegio Santa Ana de Almendralejo, donde estudiaban los niños y jóvenes de la Extremadura rural. Allí, según cuenta él mismo, descubrió su vocación educativa.

Se trasladó a Pamplona para cursar los estudios de Filosofía. Allí estuvo al frente de una residencia de estudiantes de enseñanza media dotada de un rico programa educativo. Fue mucho más que el encargado de poner el orden a los chicos. Se entregó a fondo a ellos en el contacto personal, indispensable en toda educación, para ayudarles a descubrir sus deficiencias y a potenciar sus virtudes. Al terminar la carrera obtuvo muy pronto una cátedra de Bachillerato en Filosofía.

En su vida personal, ha completado esa vocación educativa como padre de familia numerosa y, más recientemente, como abuelo, tareas que considera las más importantes y gratificantes de su vida.

Educador por profesión, recorrió la geografía de Navarra y La Rioja enseñando Filosofía a los adolescentes, (¡se dice pronto eso de "enseñar filosofía" a los adolescentes!). Y aquí destacó otra cualidad del maestro: la claridad expositiva, el sentido común y el humor permanente. Artesano de la educación, Juan Antonio es uno de esos filósofos al que se le entiende fácilmente lo que explica. Cuidadoso con los alumnos, supo escucharlos para desde ahí, construir, dejándoles ser, ayudándoles a crecer, saliendo de sí mismos.

Su tarea educativa fue más allá de las aulas. Ha desarrollado una amplia actividad relacionada con la cultura y la política educativa de nuestro país, tanto en el ámbito nacional como en el de su Comunidad Autónoma. Ha sido Director General de Educación del Gobierno de la Rioja, Diputado y portavoz de educación en el

© narcea, s. a. de ediciones

Congreso de los Diputados, vicepresidente del Consejo Escolar del Estado, director del Área de la Alta Inspección etc. El Ministerio de Educación reconoció esta trayectoria y le otorgó la Cruz y la Encomienda de Alfonso X el Sabio.

Su experiencia y sus reflexiones las volcó en numerosas conferencias y artículos como los que han dado lugar a este libro. Como él mismo ha señalado: "La educación me sigue ocupando, preocupando y con ella sigo disfrutando".

Las páginas que siguen demuestran todo esto que afirmo. Gozarás con su lectura.

Bienvenido Gazapo Andrade
Doctor en Historia y Catedrático de Bachillerato

© narcea, s. a. de ediciones

Presentación

Es el destino. Es el viaje. Es la compañía

Educar siempre ha sido una aventura; hoy quizá más que nunca. El libro que tienes entre las manos podría titularse, sin exagerar, *Manual del educador aventurero*. Su autor conoce bien esa travesía: ha explorado el territorio educativo desde todos sus paisajes —la tiza y el aula, el despacho y el hemiciclo, la pluma y la pantalla... — y ofrece aquí una selección de sus reflexiones *nacidas del aula y de la vida*. Y, con todo, traza el mapa de una misma expedición: la apasionante aventura de educar.

La palabra *aventura* —recuerda la RAE— proviene de *ad-venire*, "lo que ha de venir". Implica "abrirse a lo desconocido", "salir de sí". No obstante, la definición advierte: una aventura es una "empresa de resultado incierto o que presenta riesgos", y define *aventurar* como "arriesgar, poner en peligro".

La aventura es riesgo. Por eso el verdadero educador es, por definición, un aventurero: alguien que arriesga su vida para guiar a otros en una empresa de desenlace incierto, pero capaz de anticipar lo que está por venir.

Vivimos un cambio de época, según la feliz expresión de san Juan Pablo II. Este cambio podemos sufrirlo pasivamente o afrontarlo y configurarlo activamente. La educación es el recurso decisivo para esta segunda opción. Pero para que sea verdaderamente transformadora, se necesitan educadores-aventureros que también dejen transformar su propia vida y la arriesguen para adelantar ese "por venir". Solo transforma quien se deja transformar; solo guía quien ha recorrido el camino antes. Por eso podemos asegurar sin rodeos que ser educador es la aventura más fascinante que puede emprender un ser humano.

¿Qué es lo más importante en esta aventura? Un conocido anuncio afirma: "No es el destino, no es el viaje, es la compañía". Al leer estas páginas descubrimos que, en la tarea educativa, en realidad, lo esencial es todo: el destino, el viaje y la compañía.

© narcea, s. a. de ediciones

El *destino*: saber a dónde nos dirigimos. Como recuerda un proverbio marinero, "quien no sabe a qué puerto se dirige, ningún viento le es favorable". Y es que quien desconoce (o no quiere reconocer) la verdad del ser humano reduce la educación a un simple ejercicio de transmisión de datos. Como oí una vez, la enseñanza se convierte en el arte de trasladar conocimientos desde los folios amarillos del profesor a los papeles nuevos del estudiante, sin que pasen por la cabeza de ninguno de los dos. Educar, en cambio, es ayudar a cada persona a llegar a su propio puerto.

El *viaje*: cada etapa abre a otra, distinta para cada uno. La educación no es un autobús turístico que sigue una ruta con paradas idénticas para todos, ya sean alumnos de un aula o hijos de una misma familia. Lo decisivo no son las evaluaciones o las notas finales, sino el itinerario que los educandos recorren en su trabajo cotidiano, en cada una de las etapas de su trayectoria educativa.

Y la *compañía*: los protagonistas de la educación son los compañeros de ruta, los educadores, y cada miembro de la comunidad que se implica en la aventura educativa. Como afirma el autor aludiendo a un proverbio africano, "para educar a un niño se necesita toda la tribu".

La aventura de educar es un GPS, una brújula y una guía. Es GPS —un mapa para los más nostálgicos— que nos señala el destino y el camino a recorrer para alcanzar la "bien-aventuranza" de la felicidad humana. Es una brújula que nos ayuda a orientarnos y a no perdernos en el viaje. Y es una guía —el manual del educador aventurero— para recorrer el viaje en compañía y bajo la experta guía de Juan Antonio Gómez Trinidad, avivando la conciencia de que cada paso encierra una aventura.

Sigue leyendo y lo comprobarás…

José Luis Acebes Arranz
Catedrático de Universidad

© narcea, s. a. de ediciones

Introducción

Educar es una de las tareas más necesarias y, al mismo tiempo, más gratificantes que tenemos los seres humanos. Sin educación no es posible llegar a ser plenamente hombre y, a la vez, por el mero hecho de serlo, todos somos educadores. Junto a estas verdades hay una tercera constatación: hoy educar es más difícil que en otras épocas. Sobre las razones de esta dificultad reflexiono en este libro.

He tenido la fortuna de dedicar mi vida a la educación. La he vivido desde dentro y desde fuera: en las aulas, en los despachos, como profesor, gestor, asesor e incluso como legislador. En cada una de esas dimensiones he comprobado que educar es mucho más que enseñar: es transmitir un legado cultural, es capacitar, sí, pero sobre todo es acompañar; ayudar a crecer humanamente, compartir el camino de la vida y sostener al otro mientras aprende a caminar por sí mismo.

Por eso este libro no nace de la teoría, sino de la experiencia; no surge de una idea abstracta, sino de la vida misma, de lo que he visto, aprendido y sentido en tantos años dedicados a educar. No pretende ser un tratado pedagógico, sino una recopilación de artículos que aparecieron al hilo de la actualidad, de una conversación o de una vivencia escolar concreta. Hoy, al reunirlos, descubro un hilo que los recorre en silencio: la convicción de que la educación sigue siendo una de las mayores expresiones de confianza en el ser humano. Educar es creer que el otro puede crecer, mejorar, aprender y llegar a ser más libre.

El libro se abre con una primera parte, *La educación*, donde reflexiono sobre su sentido profundo, sus desafíos y sus errores. Tal vez parte del fracaso educativo contemporáneo tenga que ver con la falta de una reflexión seria sobre qué significa educar y, en última instancia, sobre qué entendemos por ser humano. Este bloque se completa con otros textos dedicados más específicamente a *la enseñanza* y al funcionamiento del sistema escolar. Allí el foco se desplaza al trabajo cotidiano del aula, a esa relación misteriosa y fecunda entre quien enseña y quien aprende. Enseñar exige rigor, pero también ternura; exige método, pero sobre todo una mirada: una mirada que confía, que acompaña y que no se cansa de empezar de nuevo.

En el segundo bloque, *Protagonistas de la educación*, aparecen quienes hacen posible esa tarea: los educadores, los padres y los alumnos. Cada uno aporta algo distinto, y todos se transforman en el proceso. Se ha dicho que no hay crisis de

© narcea, s. a. de ediciones

jóvenes, sino de educadores; es cierto, como lo es también que sin la implicación activa del joven no hay verdadera educación. Al fin y al cabo, educar no es actuar sobre otros, sino encontrarse con ellos: un encuentro que implica y cambia a todos si existe un compromiso de quienes participan en él.

En el bloque tercero, titulado *El legado cultural recibido*, se recogen reflexiones sobre aquello que heredamos: las palabras, las costumbres, las ideas y los valores que nos han formado. Educar es también un acto de gratitud: agradecer lo recibido y transmitirlo. Sin memoria cultural, el presente se empobrece; sin raíces, la vida se vuelve ligera y sin profundidad.

El corazón del libro lo ocupa el apartado cuarto, *Valores y virtudes*. Aquí se recogen muchas de esas pequeñas grandes virtudes que sostienen la vida y la embellecen: la responsabilidad, el amor, el perdón, la gratitud, el trabajo, el ocio, la confianza… Son palabras sencillas, a veces casi olvidadas, pero cada una encierra un tesoro. En ellas se resume lo mejor de lo que podemos enseñar y aprender unos de otros.

Por último, el recorrido culmina con *Y al final…*, un conjunto de textos donde la reflexión se abre a los grandes temas de sentido. Hablar de educación sin hablar de la vida, de la muerte y de Dios sería dejar el camino a medias. Porque educar es, en el fondo, preparar para vivir plenamente esa aventura que es la existencia y para mirar con serenidad el misterio que nos supera. La vida es una excursión maravillosa, pero limitada, y precisamente por eso merece ser vivida con hondura y sentido.

Este libro no es un tratado ni un manual de recetas educativas. Es, más bien, una invitación a detenerse, a pensar, a agradecer. En tiempos de prisas y desencantos, creo más que nunca en la fuerza humanizadora de la educación, en su capacidad para renovar la confianza y la esperanza. Si al leer estas páginas alguien recupera la ilusión por educar o el gusto por aprender, el esfuerzo habrá merecido la pena.

Quiero aprovechar para expresar la gratitud a mis educadores: a mis padres, maestros y profesores que supieron sacar lo mejor de mí con exigencia, pero también con cariño y paciencia. Y, por extensión, a todos los que creen en la educación y siguen apasionados en esta tarea, ya sea como padres o como profesionales.

Finalmente, mi agradecimiento a Bienvenido Gazapo Andrade, educador ejemplar, maestro y amigo, cuyo trabajo —y paciente insistencia— ha hecho posible que este libro vea la luz. Y muy especialmente a Pilar, que me ha acompañado y enseñado en la tarea educadora como esposa, madre y profesora.

© narcea, s. a. de ediciones

I

La educación

La educación consiste en ayudar a ser feliz,
que no es lo mismo que hacer feliz.

1

¿Hay motivos para preocuparse de la educación?

Si alguien observa desde fuera a los españoles, podría llegar a la conclusión de que todos sabemos de futbol, de política y de educación. Respecto de esta última, al menos estamos de acuerdo en tres cosas: que la educación no funciona, que todo se soluciona con la educación, y que la culpa del mal funcionamiento de la educación la tienen siempre otros. Lo que ya no parece tan claro es qué entendemos por educación ni cómo podemos solucionarla, aunque no será por falta de propuestas. A pesar de todo, estamos convencidos, y con razón, de la importancia de la educación para el desarrollo social y personal.

¿Existen motivos para la preocupación?

Con relativa frecuencia aparecen en los medios de comunicación datos que sitúan la educación en España en puestos que no se corresponde con su lugar en el mundo. Así lo corroboran los datos y cifras del propio Ministerio, del Informe PISA, etc. Entre otros indicadores están la tasa de abandono educativo temprano, la tasa de idoneidad etc. escolar

En segundo lugar, también existe un fracaso formativo profesional. Por un lado, aunque se ha mejorado la situación, sigue existiendo una mala percepción social de los estudios de formación profesional, no está ajustada a las demandas laborales y el abandono es alto, mayor incluso que las del abandono escolar temprano del sistema que ya de por sí es superior a la media europea.

En tercer lugar —y esto es lo más preocupante— nos encontramos ante una crisis educativa que viene a añadirse al fracaso escolar y formativo señalados

© narcea, s. a. de ediciones

anteriormente. Podría consolarnos si nuestros jóvenes salieran sin título académico ni profesional, pero con una ilusión, una capacidad de trabajo en común, una resistencia al fracaso, una creatividad, un espíritu emprendedor y la conciencia de participar en un proyecto común. Como cualquiera puede percibir, lamentablemente no es así. Si miramos la mochila de valores que llevan nuestros escolares, constataremos el gran vacío que existe en muchos de ellos.

A título de ejemplo vemos cómo casi han desaparecido palabras tales como "perdón", "por favor" y "gracias". Tres palabras que expresan una actitud ante la vida: saber que no somos únicos, que necesitamos la ayuda de los demás, que podemos equivocarnos y, por tanto, que no somos creadores de las normas y valores morales.

Por el contrario, la educación actual, apoyada en la filosofía de "su majestad el niño", parece que ha inculcado en la sociedad la mentalidad de que el joven tiene todos los derechos y escasos deberes, de los cuales, en cualquier caso, nunca debe rendir cuentas. Una educación así, asentada exclusivamente en el principio del placer, está presagiando el fracaso de una vida personal y de cualquier proyecto de convivencia, ya sea en pareja, en grupo o en sociedad. La falsa felicidad que hoy creemos darle se convierte en garantía de sufrimientos personales y sociales en el futuro.

Crisis de educadores

Hoy, la crisis no es tanto de jóvenes cuanto de educadores. Es cierto que los niños y jóvenes son más víctimas que responsables de esa educación, de una sociedad adolescente que sobreprotege y que es incapaz de asumir responsabilidades. "Tengo la impresión de que millones de adolescentes son educados por… millones de adolescentes", decía Mercedes Ruiz. Yo tengo la impresión de que actualmente la adolescencia es un periodo de la vida que empieza con la pubertad y termina… con la vejez.

Crisis de educadores, empezando por la familia, que unas veces por ignorancia, otras por incapacidad, no educan a sus hijos. "No sabemos cómo educar", es la queja más frecuente de los padres conscientes de sus obligaciones. Otros, sencillamente son inconscientes, juegan a ser colegas, privando así del insustituible padre y madre que todo niño necesita. La mayoría dice no tener tiempo, privándose así del mayor legado e instrumento de educación a su alcance.

Padres permisivos que no valoran ni asumen la responsabilidad de ser padres y, en consecuencia, tampoco exigen responsabilidad a sus hijos. Esta actitud suele generar adultos irresponsables y con escaso autocontrol. Por un lado, colegas no le van a faltar; por otro, si el padre no ejerce como tal, otros ocuparán el papel vacante, con los peligros que esto conlleva.

© narcea, s. a. de ediciones

Por todo ello cabría pensar que en las últimas décadas nos hemos vuelto especialmente inútiles en la tarea de educar, a pesar de que nunca se ha hablado tanto de educación ni se han invertido más recursos.

El reto de la educación

Aunque eso fuera cierto —tal vez lo sea—, sin embargo, basta con profundizar un poco para darse cuenta de que *la educación es un problema inherente a la condición humana*. Como dice un novelista contemporáneo:

> "La vida humana es el mayor derroche económico de la naturaleza: cuando parece que podrías empezar a sacarle provecho a lo que sabes, te mueres, y los que vienen detrás vuelven a empezar de cero. Otra vez enseñarle al niño a andar, llevarlo a la escuela y que distinga una circunferencia de un cuadrado, el amarillo del rojo, lo sólido de lo líquido, lo duro de lo blando"[1].

Además, la educación es una conquista que debe someterse a permanente revisión y actualización: *quien no aspira a ser más de lo que es, acaba siendo menos de lo que era.* Esto es un axioma válido tanto a nivel personal como social ya que el logro de éxitos por parte de una generación no garantiza la posesión y perfeccionamiento para la siguiente.

La crisis de la educación es tan vieja como la propia humanidad. Educar nunca fue fácil, porque es una lucha contra la inercia, contra la vida cómoda. Pero hoy es más difícil que en otras épocas porque confluyen, además de las dificultades intrínsecas a la naturaleza humana —tanto del educador como del educando—, las dificultades estructurales propias de una época de crisis profunda. Estamos en un recodo de la historia, creemos que el pasado no nos sirve y no sabemos muy bien qué queda por delante.

En resumen, si la educación es siempre un problema, la educación actual lo es mucho más. La crisis es más profunda porque, aunque tenemos más información y recursos que nunca, no sabemos muy bien cuál es el lugar que ocupa cada elemento.

¿Existen motivos para la esperanza? Por supuesto, pero lo primero es ser conscientes de la enfermedad, del diagnóstico. Lo segundo, saber que esto tiene solución. Se necesitan educadores —y educadores somos todos— dispuestos a hacer algo más que quejarnos, en definitiva, asumir nuestra responsabilidad.

La educación hoy es un problema, pero la educación hoy es la solución y depende de nosotros.

[1] Rafael Chirbes. *En la orilla*. Anagrama, 2016.

© narcea, s. a. de ediciones

2

Las flores y el arroz de la educación

Cerca de mi casa hay una floristería que siempre me ha llamado la atención por la hermosura de las plantas que ofrece: ese verdor y brillo que nunca conseguí con las mías, la variedad de cromatismo y de especies, las habituales y las exóticas, algunas preciosas, pero con marcado carácter efímero y las que ofrecen una presumible resistencia dentro de su humilde belleza. Sin embargo, un día festivo, cuando estaba cerrada y parecía que faltaba una nota de color y de alegría en ese tramo de la calle, saltó la sorpresa. La desnudez de su fachada, sin la exhibición de color y perfume, quedaba compensada por una frase que brillaba en medio de la pared. La sentencia, atribuida a Confucio, dice lo siguiente: *"¿Me preguntas por qué compro arroz y flores? El arroz es para vivir, las flores para tener algo por lo que vivir"*.

Sin educación no se puede vivir

Desde entonces he asociado muchas veces esta frase a la tarea educativa. Son muchos los conocimientos, destrezas y competencias que intentamos inculcar a nuestros niños y jóvenes. Objetivos loables y necesarios puesto que la especie humana es la única cuya herencia genética no le basta para sobrevivir y mucho menos para vivir como ser plenamente humano. Ni el andar erguido, ni el habla, ni el pensamiento, ni los sentimientos, ni las relaciones pueden desarrollarse sin el concurso de los demás, sin recibir la *herencia cultural* que es, en última instancia, en lo que consiste la educación.

Entre esas destrezas están todos los saberes, desde los más humildes hasta los más sofisticados, desde las habilidades técnicas, hasta las científicas y culturales

© narcea, s. a. de ediciones

como son la historia, el arte, la filosofía etc. Es necesario recordar hoy día esta graduación de saberes cuando las humanidades parecen que están perdiendo presencia en la formación obligatoria pero también en la universitaria donde han desaparecido sin que nadie levantase en su momento la voz. Con frecuencia, asistimos al lamentable espectáculo que producen hornadas de universitarios que en el mejor de los casos son "microsabios" de su materia, pero "macroignorantes" de todo lo demás.

Estos saberes utilitarios, siendo necesarios e importantes, no son esenciales para la humanidad. El desarrollo tecnológico, incluso los saberes científicos o sociales, sin el conocimiento ético, pueden generar monstruos. Tras la experiencia del siglo XX, sabemos que la razón y determinadas ideologías, aunque propiciaron el desarrollo científico y tecnológico, fueron creadores de infiernos que acabaron con millones de vidas. Datos que no podemos olvidar ni dejar de enseñar en el siglo XXI, en la denominada sociedad de la información.

Información, conocimiento y sabiduría

Hoy en día es, más que necesario, casi imprescindible dominar las nuevas tecnologías, pero la información solo adquiere su sentido cuando se convierte en conocimiento, lo cual supone la criba de esa información sometida a *criterios firmes*. Es la diferencia entre la información plana que suministra la red y el conocimiento de los especialistas que saben distinguir lo verdadero de lo falso, por muy popular que sea. Entre estos criterios están lógicamente los *éticos*, que, en tiempos de relativismo, como los actuales, suelen quedar disueltos en las modas intelectuales o culturales propiciadas de modo hegemónico por los medios de comunicación y las redes sociales. En realidad, no es que desaparezcan los criterios morales, sino que son sustituidos por otros de escasa consistencia y coherencia moral.

Pero la educación no alcanza su plenitud sin determinados conocimientos, aquellos que dan sentido a la vida y sin los cuales el hombre se convierte en un mero consumidor de necesidades tan efímeras como insatisfactorias. *Saberes de sentido* que, como luces en el horizonte, justifican los esfuerzos del presente. Es lo que los clásicos denominaban "sabiduría". Esta consiste en la coherencia y organización de toda información y los conocimientos previos bajo unos principios que dan sentido a la vida.

Como dice V. Frankl, el hombre es el único animal que cuando pierde el sentido enferma. Su obra *El hombre en busca de sentido* es un clásico que merece la pena releer y donde las vivencias de un campo de concentración nos muestran que "no solo de pan vive el hombre".

© narcea, s. a. de ediciones

La ausencia de sentido produce hastío

La sociedad occidental, superflua, insatisfecha y caprichosa —donde los nuevos templos son los centros comerciales— es el modelo perfecto del consumismo desenfrenado. La nueva «sociedad líquida», sin principios sólidos nos aboca a un cierto vértigo consumista y a una insatisfacción permanente.

En el fondo, cierto hastío y desgana de muchos adolescentes, pueden ser la consecuencia de no ofrecerles valores de sentido a nuestros jóvenes. Tal vez en la enseñanza actual nos centramos tanto en comprar arroz que nos hemos olvidado de las flores. Sin estas, vivir puede resultar insoportable.

P.D. Por cierto, si el deseo legítimo de mostrar el género en la tienda del barrio no tapase dicha frase, tal vez vendería más flores. Es lo que suele pasar: nos olvidamos de los principios que nosotros mismos establecemos.

© narcea, s. a. de ediciones

3

La aventura de educar

"**L**o esencial es invisible a los ojos", decía *El Principito*[1]. Hoy día, por el contrario, queremos basar todo en evidencias empíricas, en investigaciones y resultados, pero ocurre que cuando profundizamos un poco en las cosas importantes de la vida, sentimos una cierta inquietud o, lo que es peor, debemos confesar nuestra ignorancia al respecto. San Agustín decía cuando hablaba del tiempo: "sé bien lo que es si no se me pregunta. Pero cuando quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé"[2]. Lo mismo podríamos decir de la libertad, el amor, o la educación.

Aquí subyace uno de sus grandes problemas: no sabemos ni nos atrevemos a plantear el debate sobre qué es la educación; tal vez porque queremos evitar confrontaciones que nos evidencien la falta de fundamentos al respecto ya que, en el fondo, intuimos que tampoco sabemos hoy día qué es el ser humano y qué le distingue de los animales. Mientras tanto, nos entretenemos debatiendo sobre los medios, las nuevas tecnologías, los idiomas, las nuevas teorías o autores de moda que nos prometen la clave del éxito educativo.

Sorprende todo ello cuando, en una sociedad en crisis —basta ver el ambiente político y social, el clima escolar, la calle o las redes sociales—, cualquier debate acaba con la consabida frase: "Esto se arregla con educación". Pero si la propia educación —y no solo la enseñanza escolar— está en crisis, ¿Cómo podemos salir de la situación?

---

[1] "–Adiós —dijo el zorro—. He aquí mi secreto: Solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos.

—Solo con el corazón… Lo esencial es invisible a los ojos… repitió el principito para recordarlo" (c. 21).

[2] *Confesiones,* Libro XI, 14.

© narcea, s. a. de ediciones